

Elsa Hornos dijo en el teléfono:

- Miriam, siento tanto que no puedas ir... Sí, será divertido. Y no te preocupes por Julia. Miss Four la cuidará.

Espió hacia donde la sirvienta estaba sentada, cosiendo con su cabeza doblada sobre el vestido de la niña.

- ¿Qué?... ¡Oh, es maravillosa! Maravillosa con Julia, sí. Ha estado con nosotros casi un mes. Justo después de que te fuiste al bungalow... ¡Sí, por supuesto, un nuevo vestido! Azul... - Le habló amistosamente a la sirvienta: - La luz no es buena, miss Four. Se arruinará los ojos.

- La luz es completamente adecuada, señora - dijo con precisión la señorita Four, mirando a Elsa. Era una mujer pequeña, delgada y pálida, muy gentil, de ojos y cabello incoloros. Llevaba un vestido negro con cuello blanco, un broche blanco lechoso como un ojo ciego, y medias y zapatos negros -. Puedo ir a la otra habitación, si lo prefiere - dijo cortésmente, con una voz algo fría.

Elsa enrojeció.

- Oh, no, miss Four, no quise decir eso... Sí, todavía estoy aquí, Miriam. Quédese donde está, miss Four.

- Sí, señora. - La cabeza de la señorita Four volvió a inclinarse; sus finos dedos remendaban el vestido con habilidad.

- ¿Te veo el viernes, Miriam, en lo de Elena?... Bien. Y pienso que es una pena que la señora Gómez no haya podido.

- Si me perdona, señora - dijo la señorita Four -, no pude evitar oír. ¿La señora Gal tiene dificultades para hallar alguien que se encargue de sus chicos?

Sorprendida, Elsa se dio vuelta, dejando el teléfono.

- Un minuto, Miriam... ¿Qué dijo, miss Four?

- Perdóneme, señora - dijo la sirvienta, inclinando la cabeza en una breve imitación de reverencia -, si le parezco entrometida. Estaba por sugerir que, si la señora Gal trae

sus chicos esta tarde, me daría mucho gusto cuidarlos. Podrían inclusive quedarse toda la noche, señora.

Elsa sonrió con deleite.

- ¡Miss Four, qué amabilidad de su parte! La señora Gal le estará muy agradecida. ¿Pero no será demasiado para usted?

- No, señora, en absoluto.

- Se lo diré, entonces... Miriam, la miss Four se ofrece a cuidar de los chicos... sí, aquí. Podrían quedarse hasta mañana... ¿sí, no es cierto? ¿No te lo dije?... la señora Gal quiere hablar con usted, miss Four.

La sirvienta dejó la costura y caminó hacia el teléfono. Tenía un andar extrañamente silencioso y rígido, sus piernas la cargaban como si fuera un paquete. La conversación fue breve, consistente mayormente en «sí, señora», «perfecto, señora» y «gracias, señora».

- ¿Cuelgo, señora? - preguntó la señorita Four, girando hacia Elsa.

- Sí, por favor... Miss Four, es realmente una gentileza.

- No es nada, señora.

- Sí, lo es. Gracias. Muchas gracias... ¿Podrá tener lista la cena más temprano esta noche? ¿Alrededor de las ocho? Tengo que vestirme.

- Como quiera, señora. A las ocho.

Durante el primer intervalo en el baile del country, los Hornos y los Gal se sentaron juntos en el porche, tomando tragos y charlando.

- ¡Elsi, esto es precioso! - dijo Miriam Gal, reclinando hacia atrás su cabeza oscura y mirándola con suavidad -. Tu miss Four es muy fina. Pero también es... - dudó, frunciendo el ceño - No piensas que hay algo... No, voy a parecer desagradecida, olvídalo.

- Es algo rara - coincidió Elsa, y sonrió. Se veía excepcionalmente bonita en su vestido azul oscuro, que destacaba su pelo rubio -. Es muy eficiente, no obstante, y muy buena con Julia.

- Es realmente delicado de su parte hacerse cargo de tres chicos desconocidos en tan poco tiempo - dijo Raúl Gal.

- Oh, los conoce - dijo Miriam -. Volvieron ayer de lo de Julia colmados de la maravillosa miss Four.

- Le gustan los chicos - dijo Jorge Hornos con su sólida y confortable voz -. Otra vuelta, mozo.

- Tenemos suerte en tenerla - le dijo Elsa a Miriam, gravemente -. Y ella me gusta.

- No querrás decir que tú, en realidad... - Miriam se detuvo y comenzó de nuevo -. Los chicos dicen que les cuenta cuentos.

- ¿Cuentos, querida?

- No cuentos, el cuento - dijo Jorge -. Los chicos lo dejaron bien en claro. Les cuenta el cuento. ¿Seguro que no estás cansada, Elsi?

Ella sonrió con afecto. - No, Jorge. Ya no estoy inválida.

- ¿Qué tipo de cuento? - preguntó Raúl ociosamente; era morocho y delgado como su mujer, los Hornos eran rubios.

Elsa rió. - Nunca lo oí - dijo -. Es un secreto entre ella y los chicos. La música vuelve a empezar. Baila conmigo, Raúl.

Los cuatro chicos estaban sentados en sus camas, en el dormitorio de Julia. La cama de Julia era doble y la compartía con Carla Gal. Ambas tenían siete años, una era rubia y la otra morocha, ojos grandes, el pelo acomodado en trenzas.

Lucas y Marcos Gal, los mellizos de cinco años, tenían catres traídos del desván. Sus cabezas se movían arriba y abajo. No podían soportar estar quietos, sobre todo en el momento de acostarse.

Cuatro pares de ojos estaban fijos en la señorita Four, que estaba cerrando ventanas y persianas. Se movía con suavidad alrededor del dormitorio, con su raro caminar, su cara pálida y sosegada, sus manos expertas. Cuando terminó, se sentó a los pies de la cama de Julia.

- Ahora cuéntenos el cuento, miss Four - pidió Julia.

- Sí, miss Four, cuéntenoslo ahora - gritó Carla.

- Cuéntelo, cuéntelo - cantaron los mellizos, saltando en sus catres.

- Muy bien, chicos - dijo la señorita Four quedamente -. Ahora les contaré el cuento. Marcos, Lucas, vengan aquí, así pueden ver.

- Está cansada - le dijo Elsa gentilmente a la señorita Four, que estaba sentada a la mesa de la cocina, puliendo la platería -. No haga eso ahora.

- Ya casi termino, señora - dijo la señorita Four, atareada con la crema pulidora -. No estoy cansada.

Elsa le sacó la crema de las manos.

- Sí, lo está - le dijo -. Se la ve exhausta. La platería no importa. Vaya y descanse.

La señorita Four la miró. Sorpresivamente, un pálido color apareció en sus mejillas.

- Muy bien, señora, si lo desea.

Abandonó la cocina casi corriendo.

- Y todo lo que escuché de mis dos chicos - dijo Elena Taglio hacia el final de una tarde de scrabel - fue «miss Four». ¿Qué tienes en tu casa, Elsi... un flautista mágico?

Miriam dijo:

- ...y uno son dieciocho - empujando dos fichas -. Elena, por cierto, ha captado algo. - El scrabel es un juego muy exacto, y Miriam deseaba a medias haber sugerido que jugaran canasta.

- Ha conseguido la perfecta doméstica y la perfecta niñera - dijo Celia Harris, un poco envidiosa -. ¡Nuestra aristocrática amiga!

- Tenía que hacerlo - dijo Elena en tono de disculpa. La gente siempre se disculpaba con la pelirroja Celia, de afilados ojos y afilada lengua -. Treinta, Elena... Tenía que hacerlo, después de que... después de que perdí el chico.

- Cállate, Celia - dijo Elena con calma, mientras escribía «30» en la columna de Elsa. Firme, brusca Elena... nunca se disculpaba con nadie -. Elsa puede tener sirvienta si quiere y puede pagarla. ¿«Baca», Elsi? No creo que exista.

Elsa sonrió.

- Es la parte de atrás de un carruaje, Elena. ¿Quieres apostar?

- No, te conozco demasiado, déjalo. Te digo, Elsi, es un espécimen raro esta miss Four

tuya.

Miriam tuvo un escalofrío.

- Me da frío. Lo siento, pero me pasa eso.

Celia dijo:

- Me sacaste la palabra de la boca. Oí que trabajaba por la avenida Libertador. ¿Qué está haciendo aquí?

- No en la avenida Libertador - dijo Elsa tímidamente; Celia siempre la ponía nerviosa -. Tenía un trabajo en la Capital, con una tal señora Bergés. Era demasiado para ella. Necesitaba un lugar más chico. Los Bergés dieron referencias excelentes.

- Supongo que las verificaste - dijo Elena.

- Lo iba a hacer, pero el resto de las que respondieron al aviso eran tan horribles y ella parecía tan... tan respetable, y yo me sentía... Bueno, en cuanto estuvo dos días con nosotros me di cuenta de que no podríamos estar sin ella. - Miró alrededor de la mesa, casi desafiante. - Y de verdad no podemos.

- Bueno, es tu casa, y son tus asuntos - dijo Miriam -. ¿Piensas jugar, Celia?

- No me apuren, no me apuren.

- Estoy haciendo su cheque, miss Four - dijo Jorge Hornos, levantando la vista de los papeles sobre el escritorio -, y tengo que llenar estos formularios. ¿Tiene su número de jubilación? ¿Puedo ver el carnet?

- Lo lamento, señor, pero perdí el carnet y no recuerdo el número - dijo la señorita Four.

- Está bien, miss Four. Cuando tramite el nuevo me lo trae. - Le sonrió -. No creo que le hayamos dicho cuánto nos gusta tenerla con nosotros.

Elsa dijo: - Cuánto apreciamos lo que usted hace. - Añadió impulsivamente: - ¡Cuánto nos agrada usted!

La señorita Four los miró con una extraña expresión en sus ojos sin color, pero dijo solamente: - Gracias, señor. Gracias, señora. Y ahora, si me disculpan...

- Y la manera en que habla - dijo Miriam, mientras la llevaba a su casa desde la reunión con las maestras -. ¡No pierde una s, no dice una palabra fuera de lugar! ¿Será

extranjera? Four... suena inglés, o norteamericano.

- No lo sé, realmente no lo sé, Miriam - dijo Elsa lentamente.

Miriam sacó los ojos del camino el tiempo suficiente como para mirarla con intensidad.

- Elsi, está viviendo en tu casa. Cuida de tu hija. Yo me ocuparía de saber algo acerca de ella.

Elsa dijo con calma:

- Yo no. Sabes, Miriam, algunas veces actúa como si tuviera miedo de nosotros.

Miriam alzó las cejas.

- ¿Pero por qué?

- No lo sé - dijo Elsa pensativamente -. Trabaja demasiado duro. Hace cosas innecesarias. Mi casa está tan limpia que es ridículo. Pero cuando tratamos de agradecerle, o decirle que no se lo tome tan en serio, ella... huye de nosotros, se autohumilla, sale de la habitación. ¿Por qué, Miriam?

- Porque es falsa - dijo la otra con convicción.

- Sabes - siguió Elsa, frunciendo ligeramente el ceño -, una vez hizo algo, no me acuerdo bien qué... Oh, ya sé, la mesa para el cumpleaños de Julia estaba preciosa. Recuerdo que le dije «puede estar orgullosa», y me miró de una manera... Te juro que no quise hacerlo, pero quizá le parecí condescendiente... Realmente no la entiendo, Miriam.

Miriam frenó bruscamente para evitar un gato que cruzó el camino.

- ¡Maldito gato estúpido!... Te lo repito, Elsi, si fuera tú me preocuparía por saber más acerca de ella. Vas de compras a la Capital la semana próxima, ¿no? ¿Por qué no pasas a ver a esa señora Bergés y le preguntas?

Elsa dijo rápidamente:

- Miriam, no podría hacerlo.

- Llámala, entonces. O escríbele.

- Bueno, quizá lo haga. Tan solo para probarte que estás errada. - Rió súbitamente -. Miss Four... señorita Cuatro.

El sábado en que Elsa iba a la Capital, la señorita Four llevó a los chicos a un picnic. A todos los chicos del barrio... una buena cantidad. Caminaron a través de los árboles hasta la Pradera de Palmer, una enorme pastura que había formado parte de la chacra de Palmer, abandonada desde hacía mucho tiempo. La Pradera era usada frecuentemente para picnics. Sobre el final del verano era un lugar placentero, adormecido por el sol, silencioso y fragante. La señorita Four era una flautista formal y remilgada en su vestido negro, con los chicos retozando tras ella.

Jorge se encontró con Elsa en la estación, al atardecer. Se la veía perturbada, y su rostro estaba más pálido de lo que debería.

- Jorge - le dijo mientras entraba al auto -, no hay ninguna señora Lucía Bergés Masur en la Capital.

Jorge estaba teniendo dificultades para subir la barranca con el Peugeot. Dijo distraídamente: - Me temo que está acabado, Elsi. Vamos a entregarlo como parte de pago y retiramos otro.

- ¡Jorge, escúchame! - la voz de Elsa era tensa -. Te dije que no hay ninguna señora Lucía Bergés Masur. No está en la guía. Pregunté a Informaciones por ese número de teléfono y no existe.

Jorge consiguió llegar hasta la cima de la barranca.

- Elsi, lo que dices no tiene sentido.

- ¡Escúchame, Jorge! No podía creerlo, así que tomé un taxi, le dije al chofer que me llevara allí, y el lugar no existe.

Jorge la miró y frenó. - Elsi, empieza desde el principio.

- Bueno, dame un cigarrillo. - Fumó nerviosamente -. Estaba comprobando lo de miss Four; más que nada para taponarle la boca a Miriam... Bueno, de cualquier manera pensé en verificar las referencias. ¡Y son falsificadas, Jorge... Totalmente falsificadas!

La cara de Jorge estaba seria.

- ¿Estás diciendo que no existe ninguna señora Bergés? ¿Y que no existe tampoco la dirección de la carta?

- No, Jorge. En toda la Capital.

Jorge dijo lentamente:

- No nos apresuremos, Elsi.

- Y el carnet de jubilación - dijo Elsa súbitamente -. Nunca nos lo mostró. ¡Jorge, tengo miedo! - Empezó a llorar.

El la rodeó con el brazo.

- De cualquier manera, lo del carnet no probaría nada - dijo sensatamente -. Cualquiera puede sacar uno, y cualquiera puede perderlo.

- Debería haber comprobado - sollozó Elsa -. ¡Si sólo hubiera comprobado!

- No te pongas nerviosa, Elsi - dijo Jorge, palmeándole el hombro -. La señorita Four es una buena sirvienta, ¿no es cierto? Y no te olvides de que Julia la quiere... todos los chicos la quieren. Eso es lo principal. No puede ser demasiado malo alguien a quien los chicos quieren tanto. Probablemente hay una explicación simple para todo el asunto. No llores, Elsi. Le vamos a preguntar cuando vuelva del picnic.

Los chicos estaban sentados en un estrecho semicírculo alrededor de la señorita Four, en la Pradera de Palmer... tres filas, arrodillados, acucillados, agachados, con sus caritas expectantes.

- Cuéntenos el cuento, miss Four... cuéntenos.

- Muy bien, chicos - dijo la señorita Four calurosamente -. Les contaré el cuento.

Miró alrededor del círculo. Los chicos estaban silenciosos, con sus caritas impacientes y alborotadas. La señorita Four se sacó el broche que parecía un ojo ciego y lo sostuvo en sus manos.

- Miren, chicos - dijo suavemente -, miren.

Comenzó a hablar y su voz cambió. Tenía color ahora, todos los colores del mundo. Sus ojos cambiaron, y ellos también tenían todos los colores del mundo.

- Hay un lugar, chicos - dijo -, distinto a cualquiera que hayan visto. Es una ciudad, una ciudad de joyas, una ciudad de luz... miren, chicos, miren la ciudad.

Movió el broche lentamente en semicírculo, una vez por abajo y otra más alto, de manera que hasta los de la última fila pudieran ver.

- Cuéntenos de las torres, miss Four - dijo soñadoramente Julia Hornos, y su voz se repitió como un eco alrededor del círculo -. ¡Cuéntenos de las torres!



- Las torres son altas y esplendentes - dijo la señorita Four -. Los esclavos las levantaron durante mil años, y muchos perdieron sus vidas en la construcción. Las torres están hechas de ónix y ámbar y calcedonia. De amatista y ópalo y pórfido y jade.  
- Su voz cantaba las palabras que ellos no entendían -. Y las paredes de la ciudad son de rubí, rojas como el fuego; y las puertas son de zafiro y marfil y oro.

Hizo una pausa y movió nuevamente el broche.

- Vean, chicos... ¿lo ven?

Su voz los dominaba. No eran las imágenes, no eran las palabras, era la voz. Sentados en el soñoliento prado, la voz los encantaba, como lo había hecho tantas veces antes.

- ¡Lo vemos, lo vemos, miss Four!

- Parte de las paredes está cubierta por bajorrelieves tallados en la piedra - dijo la señorita Four -. Muchos esclavos quedaron ciegos tallándolos. - Sonrió ligeramente -. Nadie le dice a un esclavo: ¡Se arruinará los ojos!

Los chicos aguardaron, pacientes, expectantes.

- El cielo es de un color que nunca han visto - dijo la señorita Four -, y las calles están llenas de música. Las flores son de cristal, y brillan como el arcoiris. Los esclavos las atienden.

- Cuéntenos de la gente, miss Four. ¡Cuéntenos de la gente!

El broche relampagueó de nuevo.

- La gente es bella - dijo la señorita Four -, con los ojos como diamantes y cabellos como oro. Se mueven al compás de la música de un millar de flautas, de un millar de cuerdas. Los esclavos tocan música durante toda la noche.

- ¿Toda la noche, miss Four? ¿No se cansan?

- Sí, se cansan. Nadie le dice a un esclavo vaya y descanse.

- ¿Pero no duermen?

- Sí, duermen. Duermen para reponer su cuerpo y poder hacer el trabajo que se les ordena. Así es la ley. Ya se los conté, chicos.

- A la gente no le gustan los esclavos - dijo Julia, dudando.

La señorita Four dijo lentamente:

- Nadie le dice a un esclavo Cuánto nos agrada usted. La ciudad pertenece a la gente, chicos, y los esclavos pertenecen a la gente.

Estaban nuevamente impacientes; olvidaron a los esclavos.

- ¡Cuéntenos qué feliz es la gente, miss Four! Cuéntenos qué hace. Cuéntenos.

La señorita Four hizo una larga pausa, y cubrió el broche con sus manos. Un suspiro de decepción surgió del círculo.

- ¡Muéstrenos, miss Four... Muéstrenos!

- Pronto, chicos... Chicos, el cuento cambia. Esta parte nunca la han oído. Escuchen, escuchen con atención.

Los chicos se quedaron como piedras, el calor del sol sobre sus cuerpitos, sus caritas en trance, anhelantes.

- La gente está triste - dijo la señorita Four, y su voz plañía como el doblar de una campana -. La gente llora en las torres, la gente llora en las calles.

Un lamento de pena desesperanzada recorrió el círculo.

- ¿Por qué, miss Four?

- Porque - su voz tembló y se lamentó -... porque no hay comida. Porque... no... ha... quedado... comida.

- ¿No hay comida?

- Es tan poco lo que hace falta... tan poco, y sin embargo tanto. Y casi no hay tiempo. No hay comida en la ciudad, chicos. Tampoco fuera de ella. Y la gente muere de hambre. La... gente se... muere... de... hambre.

Los chicos gimieron.

- Pero hay esperanza. - En la voz había esperanza, y la hubo en los chicos. Levantaron sus caritas al sol, las lágrimas se secaron.

- Los esclavos están rastreando en otros lugares, lejos de la ciudad... ¡Lejos, chicos, lejos! Buscando el alimento, buscando la vida, como se les impuso. Se les impuso con... hay algo que se les hace a los esclavos.

Se detuvo. Los ojos de los chicos se clavaban en ella, cegados por el amor, la maravilla, el temor.

- Ellos buscan comida en todos y cada uno de los lugares - dijo la señorita Four por último -. Y uno de ellos la ha hallado. Sólo uno.

Los chicos gritaron:

- ¡Muéstrenos, miss Four, muéstrenos!

- Pronto, chicos... El esclavo ha hallado el alimento que no se compra en los negocios, que no se toma con las manos, que no se sirve en el plato, que no se come con la boca. Sólo queda llevarlo a la ciudad. Rápido, porque el tiempo se ha acabado. Humildemente y con temor, pues nadie le dice Gracias a un esclavo... ¡Miren chicos!

La señorita Four descubrió el broche y lo mantuvo en alto. Los chicos miraron. Era un resplandor, era un fuego, eran todos los colores del mundo, colores nunca vistos. Eran súbitamente los ojos de la señorita Four, era una puerta.

La señorita Four sostuvo el broche y miró brevemente a los chicos. El sol los bañaba gentilmente, el pasto se sacudía bajo la brisa, no había ningún ruido.

La señorita Four dijo súbitamente:

- ¡No regresaré! ¡Que la ciudad perezca! - Y a los chicos: - ¡Cubran sus caras!

Giró y arrojó el broche. Hubo un sonido agudo, como el quebrarse de un cristal, y un relámpago. La señorita Four cayó y quedó inmóvil en el piso.

Por un minuto los chicos quedaron conmocionados e inmóviles. Luego empezaron a moverse, a pararse, y algunos de los más pequeños a llorar. La señorita Four no se movió.

- Miren... oh miren - dijo Carla, y corrió hacia ella.

Los chicos se apelotonaron a su alrededor, sollozando.

- Miss Four... Miss Four...

Sus voces agudas se quebraron, mientras tironeaban de su manga.

La señorita Four abrió brevemente sus ojos sin color, y los volvió a cerrar. Dijo con suavidad, con voz también incolora:

- Vayan a casa, chicos. Serán bondadosos con ustedes, como lo fueron conmigo. No fui esclava aquí. Un esclavo no tiene orgullo, y yo estoy muy orgullosa ahora.

La señorita Four agregó quedamente, mientras la vida la abandonaba:

- Chicos... vayan a su hogar.